

Recordar, compartir, aprender

Murcia

Pepita Sánchez Serna, 77 años

Ángela Carpena Soriano, 20 años

CON ESA NEGRA ME TENGO YO QUE CASAR

Verano del 47, playa de los Urrutias. Una música de fondo me despierta. Hay jaleo en la terraza del apartamento. Miro el reloj, las siete y media de la mañana. Me giro, y despierto a mi amiga:

- ¡Levántate, que parece que hay gente en la casa! Vamos a ver quién puede ser.

Nos levantamos a toda prisa y salimos a la terraza tal y como estamos: el pelo alborozado típico del despertar y un camisón de pastorcita veraniego blanco.

Cuando salimos por la puerta que da a la terraza, descubro que son amigos de mi hermano que han venido hasta la playa para pasar el día con él. Conozco a algunos de ellos, en cambio otros son desconocidos para mí.

Nos sentamos tímidamente en la terraza mientras mamá prepara un desayuno para todos y hablamos un poco con ellos.

Mientras desayunamos, uno de los amigos de mi hermano se acerca a mí y en secreto me dice:

- Pepita, Andrés ha dicho nada más verte aparecer por la puerta: “¡Con esa negra me tengo yo que casar!”

La verdad es que lo que más me llama la atención es que me haya llamado negra, al igual que mi madre cuando nació. Pero bueno, negra, guapa y española. Mi pelo negro siempre ha traído a muchos jóvenes detrás de mí, pero nunca me han interesado; al contrario, me ha dado por reír siempre que me han dicho algo por el estilo.

Dejamos a los muchachos, nos vestimos con vestidos playeros y bolso de paja con sombrero a juego y salimos a la playa a pasear.

Pasa el tiempo y, a eso del medio día, otro comentario, esta vez de mi amiga, me llama la atención:

- Pepita, estoy enamorada de Andrés, el chico que estaba en tu terraza.

A lo que yo contesté:

- Puedes quedatelo, ni siquiera lo conozco, así que te lo regalo.

Pero realmente no se lo regalé. Desde aquel momento nuestro cariño no tuvo freno. Empezamos a salir juntos a pasear, algo que al principio resultaba incómodo, pues descubrí que él era más tímido que yo, por lo que tuve que atreverme y coger las riendas de nuestras conversaciones. Es en este punto cuando me acostumbré a hablar y ahora, a mis 78 años no hay quien me pare.

Pasaron los meses, y a los seis me dijo: “Te quiero”. Cada vez que algún chico me había dicho esas dos palabras me daba por reír, algo que muchas veces a los muchachos les sentaba mal, incluso hubo un chico de Cartagena que dejó de saludarme por este motivo. Pero en ese momento, me quedé petrificada pues, al contrario que en las anteriores ocasiones que había oído esa frase, esta vez me dio por llorar. Pero no de pena, supongo que lo que sentía era amor.

Tras esto, la historia continúa en el momento en que Andrés fue a mi casa a pedir la mano a mi padre. Es algo que nunca olvidaré. Todos pensaban que estaba ya dormida en mi habitación, pero en realidad estaba escuchando atentamente en el pasillo, con el corazón latiendo tan fuerte que pensaba que en el salón se estaría oyendo. Realmente, no oí nada de lo que se dijo dentro del salón, la única percepción que tuve sobre el asunto fue cuando Andrés salió de mi casa, y cómo mi padre no hacía nada más que repetir a mi madre:

- ¡Enriqueta, pues no me ha dicho el zagal que la quiere más que yo!



Se pasó toda la noche repitiendo la frase y yo, a escondidas en mi habitación, me sonreía a mí misma traviesamente al imaginarme el momento en que Andrés se lo había dicho a mi padre.

Todo fue a buen puerto y me casé con Andrés, con un vestido blanco precioso y unos tules blancos adornando la cabeza.

A día de hoy, he pasado ya por tres bodas, la que ya he comentado y otras dos: mis Bodas de Plata, en las que rizaron mi pelo negro; y mis Bodas de Oro, en las que llevé una mantilla blanca bordada.

Aunque parezca extraño, ya he decidido que llevaré para mis Bodas de Platino, una mantilla negra bordada también, hecha a mano, que acabo de comprar en mi reciente viaje a Sevilla. Mis amigas comentan entre risas: “Irás a la boda sola, porque los demás ya nos habremos muerto”, pero yo sigo con mis planes hacia delante; pues después de haber superado un cáncer de mama, voy a vivir mi vida al máximo, haciendo todo lo que esté en mi mano para ser feliz y luchar por la vida, sin que nada me lo impida.

Ahora os dejo en estas breves palabras lo que tantos años llevo sintiendo. Las escribí en un cuadro de mi salón, entre dos de mis fotos favoritas, las de mis dos primeras bodas. Y dicen así:

“Cuando el hombre que te ama,
te diga que te quiere más que al sol
no le llares falso, es amor.
¿Que cuál fue más hermoso?
¿Aquel que todo era pureza o el que se fundió?
Ya no sabes cuál es él, ni quién soy yo.”

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Lo que Pepita nos deja entrever a través de su personalidad es, sobre todo, la gran importancia que tienen las personas con las que compartes la vida cotidiana.

Cuando hablo de esto, no me refiero sólo a su marido, que ha estado siempre al lado de ella, en los buenos y malos momentos, con sus pros y sus contras, y con sus virtudes y defectos; sino que me refiero también a los amigos, personas que te quieren y te cuidan, sobre todo en los momentos en los que no pides ayuda pero realmente la necesitas. Así podemos verlo en la historia de Pepita, en un tiempo en que padeció una gran depresión. Esos amigos fueron los que llamaron a su puerta sin que nadie se lo pidiera para intentar sacar a Pepita de esa situación.

Creo que Pepita se apoyó mucho en ellos, haciéndose más fuerte y más vital, valorando mucho cada momento de la vida y aprovechando al máximo las posibilidades con las que te vas encontrando en el camino.

Todo esto se ve reflejado en su vida, pero sobre todo se puede observar en sus ojos, en la alegría que éstos irradian.